

## El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX

François Furet,

Fondo de Cultura Económica,  
México, 1995, 583 pp.

Con este libro, François Furet, uno de los más relevantes estudiosos de la Revolución Francesa, pretende «reconstruir los avatares de la mitología de la URSS y del comunismo en la opinión general». Es en el título donde se encuentra la esencia de este trabajo, incluyendo sus logros y también sus deficiencias: referirse a una *ilusión* y centrar el objeto de estudio en una *idea*. Al optar por fijarse exclusivamente en los aspectos ideológicos del comunismo, en sus planteamientos políticos y, más superficialmente, en el hiato existente entre muchas de sus propuestas y la praxis concreta al respecto (principalmente en la Unión Soviética de Stalin, y, por lo general, en la ausencia de democracia implícita en la aplicación de la dictadura del proletariado) se obtiene una visión parcial que deja constantemente la sospecha de enfrentar una explicación fragmentaria. Al optarse igualmente por una fórmula ensayística donde las referencias, pese a existir, son reelaboradas por la pluma del autor, el resultado es un libro donde lo subjetivo, empeñado en negar los referentes sociales en los que surge la idea, necesariamente anega el discurso de idealismo. A fin de cuentas, nos encontramos con un libro que sin ser mentiroso (lo que sería propio de la ciencia social de la guerra fría) no deja de ser profundamente engañoso (algo más acorde con la generalización de *ajustes de cuentas* realizados por algunos autores tras la caída del Muro de Berlín) <sup>1</sup>.

Una contradicción se despierta desde los primeros capítulos de este denso y voluminoso libro: por un lado, resulta convincente el seguimiento del perfecto encaje de las piezas en el puzzle de la ilusión comunista, la descripción de sus inacabables trucos y golpes

de suerte, lográndose a lo largo del ensayo el desmascaramiento de buena parte de sus mentiras y de sus juegos de prestidigitación; pero al tiempo y por la misma razón, una sensación de *trampa intelectual* aparece como inevitable al obligar al lector a asumir que toda la aventura comunista no ha sido sino el fruto de un enorme truco de magia cuyo único logro ha sido aumentar la balanza de la ignominia en este siglo. En la propuesta de Furet hay que enfrentar la historia del comunismo como la de un espejismo, entendiendo que no había nada fuera de un decorado levantado sobre realidades efímeras hechas del mismo material que los sueños y manchado con la sangre de las peores pesadillas. Si bien resulta obvio que determinado marxismo se equivoca al levantar toda la construcción social sobre referentes exclusivamente económicos, resulta aún menos plausible renunciar a las categorías materiales, algo que, incomprensiblemente, hace Furet desde el prefacio de este ensayo.

Pese a ser un trabajo sobre la «idea» comunista, no puede presuponerse que ésta surja de la nada, por mucho que sea cierto que las superestructuras puedan temporalmente emanciparse de la estructura en la que surgen (algo en lo que ya insistiría Gramsci corrigiendo postulados marxistas). Tan falaz resulta establecer *urbi et orbi* la determinación de la superestructura por la estructura como postular la ausencia de vinculaciones entre ambas. Al renunciar a una explicación que considere el proceso material en el que surge el comunismo *realmente existente*, la razón de ser del comunismo y sus apoyos quedan como una incomprensible locura colectiva ayuna de plausibilidad intelectual. Para conjurar este error hubiera bastado con prestar atención a un autor liberal como T.H. Marshall y a su análisis de la evolución de los derechos ciudadanos en las sociedades capitalistas, primero civiles, luego políticos y finalmente sociales. Quizá convendría recordar las palabras de Churchill cuando decía que era fácil engañar a pocos mucho tiempo o a muchos poco tiempo, pero lo que no era sencillo era mentir a muchos todo el tiempo. Engañoso es, por tanto, separar la idea comunista (con sus falacias propagandistas) de los logros del comunismo (directos e indirectos), de las situaciones de necesidad material y simbólica que llevaron a muchas personas a entender el mensaje emancipador que acompañaba al discurso comunista, así como obviar la ética de la resistencia que generó y que en gran medida contribuyó a la transformación del sistema capitalista.

En esa ignorancia del proceso no es extraño que para Furet resulte un «enigma (...) la extrema vulgaridad de las ideas políticas del siglo XX», aún más en comparación con un idealizado siglo XIX elevado a las alturas más desde el interés científico del investigador por esa centuria que por un suficiente conocimiento tanto del siglo en curso como de la escasa consistencia de la comparación valorativa de ambos

siglos<sup>2</sup>. Llama, pues, la atención que en un libro de alguna manera histórico, la propia historia desaparezca como contexto concreto en el cual surgen las diferentes explicaciones de lo real. Un historiador no puede construir «máquinas del tiempo» con las que rastrear conceptos a lo largo de un siglo sin prestar atención a los entresijos temporales concretos (no otra cosa hay detrás de la idea wittgensteniana, cada vez más asumida en las ciencias sociales, de los «juegos del lenguaje», comprensibles sólo desde el tiempo y el lugar en el que fueron concebidos o, cuando menos, teniéndose presente este hecho). Si ese viaje por la idea comunista se realiza desde la constatación —obvia— del carácter amoral de un personaje como Stalin, pretendiendo cruzar todas las variables del pensamiento de izquierda con la probada maldad del líder soviético, el resultado es intelectualmente errado a fuer de políticamente interesado.

El hilo conductor de este ensayo es la existencia de una pasión revolucionaria en occidente (cuyas causas no son, desgraciadamente, explicadas), vinculada en buena medida a la Revolución Francesa. Tras 1789, el burgués se habría convertido, según Furet, en la quinta esencia de todos los males: «A través del dinero es el más odiado: el dinero aglutina contra él los prejuicios de los aristócratas, los celos de los pobres y el desprecio de los intelectuales». Este odio al burgués habría tomado carta de naturaleza tras la primera gran conflagración bélica, surgiendo de este conflicto las dos patas de un pensamiento que, a partir de ese momento, se alimentaría de su propia contradicción: «bolchevismo y fascismo son hijos de la primera Guerra Mundial». No en vano, para el profesor francés, cada uno de ellos ha sido la principal razón de ser del otro («el fascismo nació como reacción anticomunista»). Y como la idea comunista nace de una malhadada conjunción de presupuestos ideológicos —no se citan las condiciones de la clase obrera en la época ni tampoco las razones que tuvieron iniciativas tales como la creación de la Asociación Internacional de Trabajadores—, al final desaparece el carácter transformador que siempre ha acompañado al pensamiento comunista quedando tan solo el artificio intelectual. Aunque Furet critica la torpe interpretación fascista del bolchevismo como «conjura sionista-marxista», lo cierto es que su punto de vista no queda, en cuanto al carácter idealista, lejos de esas visiones viciadas de ideología. La pasión revolucionaria, continúa, sería realimentada por la Primera Guerra Mundial (a la que califica de contingencia enigmática «desencadenada por accidente»). Posteriormente, la vehemencia revolucionaria recibiría nuevos apoyos, primero por la confrontación entre el fascismo y el comunismo y, después, por la buena prensa que tenía una URSS que, encarnando en un mismo cuerpo una ciencia y una moral —el marxismo-leninismo—, logró abanderar

bajo la máscara del antifascismo buena parte de las energías transformadoras de occidente. En definitiva, Furet construye un siglo atravesado por una mera «ilusión» que hace difícilmente comprensible la dura materialidad del «corto siglo XX» al que se refiere Hobsbawm.

Estas deficiencias no significan empero que el libro carezca de interpretaciones sólidas e inteligentemente renovadas (aunque no originales) de determinados aspectos. Entre lo más granado del trabajo cabe destacar: las diferencias y similitudes entre la revolución de octubre de 1917 y la francesa de 1789; las relaciones entre el fascismo y el comunismo y su recíproca alimentación desde finales de los años treinta; el uso que hizo Stalin de la «bondad revolucionaria» internacional para ponerla al servicio de la construcción del socialismo en un sólo país; las relaciones entre los intelectuales y el comunismo, con especial atención a la fascinación por una interpretación omnicomprendiva que les reconciliaba con la historia, y al viaje de vuelta de muchos comunistas de la primera hornada; el papel desempeñado por las potencias occidentales en el allanamiento del camino al fascismo (por ejemplo, en el Pacto de Munich o en la guerra civil española); o el repaso de las barbaridades cometidas por el estalinismo (que hicieron que un sistema con objetivos diferentes terminara pareciéndose en exceso a los regímenes fascistas), así como el apoyo acrítico de buena parte de los partidos comunistas occidentales a la aventura estalinista. De gran interés resulta igualmente la profusión de pequeñas biografías que salpican el texto otorgándole mayor ritmo, aunque las exigencias de la brevedad no siempre hacen justicia a los personajes.

A partir de la aparición de Stalin en escena las interpretaciones de Furet se hacen más conflictivas, sin que por ello vayan acompañadas de mayor soporte bibliográfico que refuercen las afirmaciones (la bibliografía utilizada en el trabajo es, de cualquier forma, muy parcial, echándose en falta títulos obligatorios). Desde ese momento cobra fuerza la principal sospecha apuntada: en el libro falta de una visión global del desarrollo del capitalismo en los dos últimos siglos. En este sentido, separar la crisis del capitalismo del surgimiento del fascismo, atribuyendo al bolchevismo la mayor responsabilidad en el parto no es de recibo a la luz de los trabajos existentes al respecto<sup>3</sup>. De similar manera, la consideración del capitalismo como un cuerpo agonizante no está sólo en Lenin ni pertenece a la escuela marxista, sino que puede encontrarse en autores comprometidos con el sistema como Keynes o Schumpeter. La existencia de crisis cíclicas en la economía de mercado queda al margen de la reflexión, y otro tanto ocurre con la discusión filosófica del comunismo. El carácter diabólico de Stalin impregna todo el análisis, de forma que cualquier interpretación problematizadora de la crea-

ción y desarrollo de la guerra fría debiera quedar invalidada por la maldad del georgiano. El actual auge del islamismo y la participación estadounidense al respecto dentro de su estrategia del enfrentamiento entre bloques no se considera en el marco de análisis del trabajo que comentamos. La guerra fría considerada por Furet se limita a aquellos ejemplos europeos que convienen a su línea interpretativa.

El carácter fragmentario del estudio lleva en ocasiones a extremos de difícil validación. Como se ha apuntado, las interpretaciones de Furet no son originales, sino que se sirven en buena medida de trabajos anteriores de autores como Hanna Arendt —la novedad de los totalitarismos—, Raymond Aron —los diferentes objetivos del fascismo y el comunismo—, Ernst Nolte —el plausible componente de retroalimentación que tuvo el bolchevismo en el fascismo— Karl Korsch, George Orwell, Kautsky, Trotski —la degeneración de la democracia interna dentro del marxismo-leninismo—. Y la síntesis no siempre se salda con éxito. Esto se traduce en consideraciones contradictorias en relación con no pocos aspectos: acerca del carácter de clase del fascismo; sobre las razones del éxito del comunismo tras la Segunda Guerra Mundial; en cuanto a la importancia que la idea de la muerte de Dios tuvo en el ánimo del siglo; en la valoración de figuras como Lenin; o en lo concerniente a la responsabilidad occidental en el surgimiento de la guerra fría. Dentro de ese análisis fragmentario se llega a afirmar en el trabajo que «La formidable potencia de los estadounidenses en los asuntos del mundo les ha venido un poco por azar, más como producto de sus avances técnicos que por su explícita voluntad de dominio». Detrás de esta aseveración ni siquiera existe como consideración el más de un centenar de intervenciones de los Estados Unidos en América Latina. Estas ausencias llevan necesariamente a una comprensión poco problematizadora del desarrollo de la guerra fría y de su resultado en el mundo. Si es cierto que puede afirmarse que difícilmente resucitará en Europa una fuerza política que repita miméticamente el «comunismo estalinista» (partido único, confusión Estado-partido, burocratización, corrupción de la Nomenklatura, propiedad pública total de los medios de producción, represión política y social), esto no puede llevar a ignorar que no hubieran existido Estados del bienestar en occidente de no mediar la amenaza ideológica del comunismo soviético; de la misma manera el comunismo sirvió de contrapeso en muchos lugares del mundo donde el capitalismo no se veía en la obligación de instaurar derechos ciudadanos de carácter social. Mientras que en determinados lugares de Europa el comunismo construyó dictaduras, su existencia material o simbólica ayudó a levantar en

otros sitios Estados sociales o, simplemente, Estados con algunos rudimentos de democracia política y económica (por ejemplo en gran parte de América Latina). La interdisciplinariedad se muestra, por tanto, como una exigencia investigadora irrenunciable para dar cuenta de procesos tan complejos como la historia del comunismo en el siglo XX, algo inexistente en el trabajo que reseñamos.

Fragmentar el mundo, como hace Furet, primero entre el reino de las ideas y el reino de los hechos, y, después, en zonas y momentos aislados, hacen que, como se ha apuntado, el libro se convierta en un trabajo engañoso aunque huya de la mentira grosera. Sin embargo, el esfuerzo realizado por el director de la Escuela de Altos Estudios de Ciencias Sociales de Francia no puede ser, en modo alguno, desechado con críticas ideológicas. La verdadera crítica a este trabajo reclama un estudio de similares características. Aunque la manida lechuga de Minerva exige mayor distancia para entender la «sorprendente salida del comunismo de la historia» (Malia), la existencia de toda una batería de obras que se sitúan en la estela del fin de las ideologías y simplifican el siglo XX a extremos ridiculizadores hace menester una labor crítica que, en términos comprensivos, dé cuenta de la complejidad del siglo de manera menos ideológica. De lo contrario, la denuncia de la mentira del comunismo no serviría para mucho más que para reafirmar una vuelta a situaciones intelectuales y sociales que la dureza del siglo debiera entender y dar por superadas.

**Juan Carlos Monedero (UCM)**

#### NOTAS

<sup>1</sup> Valga como ejemplo el trabajo de G. SARTORI, *La democracia después del comunismo*, Madrid, Alianza Editorial, 1993.

<sup>2</sup> Recuérdese que Furet es un historiador de la Revolución Francesa que se aproxima tentativamente al siglo XX. Resulta inevitable la comparación con el reciente trabajo de E. HOBBSAWM (*Age of Extremes. The Short Twentieth Century 1914-1991*, London, Michael Joseph, 1994). Este es otro historiador del XIX que se adentra en la explicación del XX, si bien, creemos, con mayor fortuna. Las razones del diferente éxito radican en que mientras que para Hobsbawm la evolución del siglo es contemplada desde categorías estructurales (el imperialismo, la industrialización, los conflictos de clase o las guerras), en el caso de Furet se desestima buena parte de este proceso prestándose mayor atención a una historia de las ideas descontextualizada.

<sup>3</sup> Baste citar el libro clásico de R. KÜHNEL, *Liberalismo y fascismo: dos formas de dominación burguesa*, Barcelona, Fontamara, 1981.